

Plaza pública

para la edición del 3 de mayo de 1996

Miedo y cólera

Miguel Ángel Granados Chapa

El poder tiene miedo y el pueblo cólera. Tales rasgos aparecieron ayer en la escena pública, pues la celebración del Primero de Mayo condensó, como en un espacio teatral, los caracteres y las conductas de gobernantes y gobernados. Se que afirmaciones como las de la frase inicial requieren matices y explicaciones, entre otras razones porque las dos nociones sociales y políticas que incluye, poder y pueblo, no son homogéneas, sobre todo la segunda. Y no es posible, en consecuencia, predicar respecto de un todo heterogéneo, lo que puede decirse de algunas de sus partes. Valga, sin embargo, aquella expresión como síntesis ilustrativa de fenómenos complicados y amplios.

El temor del gobierno ante las reacciones sociales en esta hora extremadamente difícil se manifestó de varias maneras. La más evidente fue la suspensión, por segunda vez consecutiva, del desfile gubernamental. En otro momento de tensión social agudizada, el Día del trabajo de 1984, cuando se resentían los primeros estragos de la prolongada crisis traída por el neoliberalismo, se generó violencia que llegó hasta el propio Palacio Nacional. Se ha querido evitar la reedición de circunstancias semejantes, ya que están reproducidas, para peor, las condiciones de empobrecimiento e irascibilidad social.

Las medidas de seguridad desplegadas en torno a la figura presidencial, así en el Zócalo y en la sede del Congreso del Trabajo, se hicieron patentes el martes por la noche y el miércoles por la mañana. Muchos de los "trabajadores" que "espontáneamente" acudieron a oír los discursos de los líderes del Congreso del Trabajo, y del Presidente Zedillo mismo, ostentaban una cabeza pelada casi al rape y una complexión y aire inequívocamente militar. Hubo francotiradores en las azoteas de los edificios cercanos al del Congreso del Trabajo. Y vallas metálicas en las calles, y vigilancia rigurosa para impedir o regular el acceso a la zona donde estaría el Presidente de la República.

Por supuesto, no es reprochable que se extremen los cuidados en torno del Jefe del Estado. Sería una grave irresponsabilidad ignorar los riesgos que en todo tiempo acechan a los responsables políticos de un país. Hay que deplorar que el tiempo borrascoso por el que transitamos haga obligatorio resguardar con tal extremo al Presidente de la República. Se incurre, sin embargo, en exceso cuando se le aísla por entero de la población. Una ilustración mortal de ese exceso fue la barricada policiaca que el 10 de abril mató a una persona al impedir el paso a tepoztecos que viajaban en peregrinación zapatista, y no a irrumpir en la gira presidencial.

Quizá el miedo surge de que se percibe la cólera en crecientes segmentos de la sociedad. La política económica tercamente sostenida y defendida es una filosa guadaña que achata destinos y pone desesperación

en los ánimos. Su efecto más extendido es la apatía, el desgano. Pero también genera irritación. No es para menos, pues la crisis sólo cede en las estadísticas oficiales. El poder adquisitivo del salario, el medidor por excelencia del estado de una economía, no cesa de abatirse. Se compra cada vez menos, especialmente en la franja anchísima de las familias que sobreviven con el equivalente a dos salarios mínimos. Y no cesan las presiones al alza: el incremento en el precio de los combustibles, el general y periódico, y el particular del valle de México, destinado a fines privados, tendrá efectos multiplicadores en la carestía.

Las previsiones gubernamentales se estrellan contra la ruda realidad. Los planes destinados a salvar a la banca de sus insolventes deudores fracasan uno tras otro. Ligar los adeudos a la inflación (la conversión de pesos en Udis), ha sido terrible. La restructuración derivada del Ade, un acuerdo de apoyo a deudores que en realidad apoya a los acreedores, ha dejado más endeudados y durante más largo tiempo a la clientela bancaria, por lo que tuvo que prolongarse su vigencia.

Como los ciudadanos carecen de la perspicacia y la información de los gobernantes, no pueden compartir el moderado optimismo de éstos. Por lo tanto, siguen enojados, y concentran su ira en el gobierno en general y el Presidente en particular. Se comprende que así sea. Durante décadas, el sistema político ha hecho recaer todo el mérito del crecimiento económico en la figura presidencial, a cuya sabiduría y sensibilidad se atribuían éxitos y milagros. La lección fue bien aprendida: se

enseñó que el Presidente tiene en sus manos los instrumentos prodigiosos para crear dicha en la sociedad; ¿por qué no reprocharle entonces que genere infelicidad?

El empecinamiento presidencial añade motivos a la cólera expresada ruidosamente en los desfiles obreros disidentes de anteayer. Aunque ha dicho que está dispuesto a escuchar propuestas alternativas frente a su propia política económica, el Ejecutivo no se oye más que a sí mismo. En vez de proceder con el criterio de los profesionales de otras disciplinas, que ante un caso delicado (ya sea la edificación de una estructura, en la ingeniería, o la práctica de una cirugía, en la medicina) acuden a la opinión de colegas calificados, para reforzar o revisar sus propias opiniones, el Presidente actúa a solas, no aprecia los méritos de su criterio en el espejo de sus colaboradores en ese ámbito, que forman un dócil ejército de "yesmen".

Si el Presidente apreciara en verdad la inteligencia ajena, la convocaría a reflexionar sobre los caminos a seguir. Ni siquiera digo que se abra a la oposición, cuyo parecer tendría que ser permanentemente escuchado, sino que atienda el pensamiento económico diverso del suyo que abunda en el PRI y en el gobierno, pero se formó en corrientes teóricas e ideológicas distintas.

Encerrarse en el propio castillo, a salvo de los embates de la razón exterior, es la peor forma del miedo.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Miedo y cólera

En una retroalimentación envenenada, la ira de la gente común y el temor que se percibe en la cúpula gubernamental son los peores estados de ánimo no sólo para enfrentar una crisis descomunal, sino aun para preservar la sana relación entre gobernantes y ciudadanos.



EL PODER TIENE MIEDO Y EL PUEBLO CÓLERA. Tales rasgos aparecieron ayer en la escena pública, pues la celebración del Primero de Mayo condensó, como en un espacio teatral, los caracteres y las conductas de gobernantes y gobernados. Sé que afirmaciones como las de la frase inicial requieren matices y explicaciones, entre otras razones porque las dos nociones sociales y políticas que incluye, poder y pueblo, no son homogéneas, sobre todo la segunda. Y no es posible, en consecuencia, predicar respecto de un todo heterogéneo, lo que puede decirse de algunas de sus partes. Valga, sin embargo, aquella expresión como síntesis ilustrativa de fenómenos complicados y amplios.

El temor del gobierno ante las reacciones sociales en esta hora extremadamente difícil se manifestó de varias maneras. La más evidente fue la suspensión, por segunda vez consecutiva, del desfile gubernamental. En otro momento de tensión social agudizada, el Día del Trabajo de 1984, cuando se resentían los primeros estragos de la prolongada crisis traída por el neoliberalismo, se generó violencia que llegó hasta el propio Palacio Nacional. Se ha querido evitar la reedición de circunstancias semejantes, ya que están reproducidas, para peor, las condiciones de empobrecimiento e irascibilidad social.

Las medidas de seguridad desplegadas en torno a la figura presidencial, así en el Zócalo y en la sede del Congreso del Trabajo, se hicieron patentes el martes por la noche y el miércoles por la mañana. Muchos de los "trabajadores" que "espontáneamente" acudieron a oír los discursos de los líderes del Congreso del Trabajo, y del presidente Zedillo mismo, ostentaban una cabeza pelada casi al rape y una complexión y aire inequívocamente militar. Hubo francotiradores en las azoteas de los edificios cercanos al del Congreso del Trabajo. Y vallas metálicas en las calles, y vigilancia rigurosa para impedir o regular el acceso a la zona donde estaría el presidente de la República.

Por supuesto, no es reproachable que se extremen los cuidados en torno del Jefe del

Estado. Sería una grave irresponsabilidad ignorar los riesgos que en todo tiempo acechan a los responsables políticos de un país. Hay que deplorar que el tiempo borrascoso por el que transitamos haga obligatorio resguardar con tal extremo al presidente de la República. Se incurre, sin embargo, en exceso cuando se le aísla por entero de la población. Una ilustración mortal de ese exceso fue la barricada policiaca que el 10 de abril mató a una persona al impedir el paso a tepoztecos que viajaban en peregrinación zapatista, y no a irrumpir en la gira presidencial.

Quizá el miedo surge de que se percibe la cólera en crecientes segmentos de la sociedad. La política económica tercamente sostenida y defendida es una filosa guadaña que achata destinos y pone desesperación en los ánimos. Su efecto más extendido es la apatía, el desgano. Pero también genera irritación. No es para menos, pues la crisis sólo cede en las estadísticas oficiales. El poder adquisitivo del salario, el medidor por excelencia del estado de una economía, no cesa de abatirse. Se compra cada vez menos, especialmente en la franja anchísima



No es reproachable que se extremen las medidas de seguridad en torno del presidente de la Re-

pública, pues sería irresponsable no hacerlo ante la magnitud de los riesgos a que está expuesto el responsable de la conducción política.

de las familias que sobreviven con el equivalente a dos salarios mínimos. Y no cesan las presiones al alza: el incremento en el precio de los combustibles, el general y periódico, y el particular del valle de México, destinado a fines privados, tendrá efectos multiplicadores en la carestía.

Las previsiones gubernamentales se estrellan contra la ruda realidad. Los planes destinados a salvar a la banca de sus insolventes deudores fracasan uno tras otro. Ligar los adeudos a la inflación (la conversión de pesos en Udis), ha sido terrible. La restructuración derivada del Ade, un acuerdo de apoyo a deudores que en realidad apoya a los acreedores, ha dejado más endeudados y durante más largo tiempo a la clientela bancaria, por lo que tuvo que prolongarse su vigencia.

Como los ciudadanos carecen de la perspicacia y la información de los gobernantes, no pueden compartir el moderado optimismo de éstos. Por lo tanto, siguen enojados, y concentran su ira en el gobierno en general y el Presidente en particular. Se comprende que así sea. Durante décadas, el sistema político ha hecho recaer todo el mérito del crecimiento económico en la figura presidencial, a cuya sabiduría y sensibilidad se atribuían éxitos y milagros. La lección fue bien aprendida: se enseñó que el Presidente tiene en sus manos los instrumentos prodigiosos para crear dicha en la sociedad; ¿por qué no reprocharle entonces que genere infelicidad?

El empecinamiento presidencial añade motivos a la cólera expresada ruidosamente en los desfiles obreros disidentes de anteayer. Aunque ha dicho que está dispuesto a escuchar propuestas alternativas frente a su propia política económica, el Ejecutivo no se oye más que a sí mismo. En vez de proceder con el criterio de los profesionales de otras disciplinas, que ante un caso delicado (ya sea la edificación de una estructura, en la ingeniería, o la práctica de una cirugía, en la medicina) acuden a la opinión de colegas calificados, para reforzar o revisar sus propias opiniones, el Presidente actúa a solas, o aprecia los méritos de su criterio en el espejo de sus colaboradores en ese ámbito, que forman un dócil ejército de "yesmen".

Si el Presidente apreciara en verdad la inteligencia ajena, la convocaría a reflexionar sobre los caminos a seguir. Ni siquiera digo que se abra a la oposición, cuyo parecer tendría que ser permanentemente escuchado, sino que atienda el pensamiento económico diverso del suyo que abunda en el PRI y en el gobierno, pero se formó en corrientes teóricas e ideológicas distintas.

Encerrarse en el propio castillo, a salvo de los embates de la razón exterior, es la peor forma del miedo.

Los aficionados

En resumidas cuentas, son una élite que, como todas las élites, no tiene un pensamiento unitario y definido. Les queda una plataforma común, el odio al PRI y el deseo de ver triunfar a la democracia, aunque no hay un acuerdo sobre qué tipo de democracia se desea.



RAFAEL SEGOVIA

LA SIMPLE IDEA ES EXAGERADA: UNA NUEVA MAYORÍA. SE CO-
AN, de salida, por encima del PRI, del PAN y del PRD,
ndo en el mejor de los casos competirán con el PT. Jú-
er ciega a quienes quieren perder, decían los romanos,
n política la ceguera es el mal más difundido entre los
mbres que se pierden sin intervención de la divinidad.
Vayamos por partes. Empecemos, pues, por la fecha
lanzamiento del proyecto. Viene impuesta por el con-
cimiento del triunfo de López Obrador en las eleccio-
internas del PRD, lo que implica un desastre para Por-
Muñoz Ledo y por ende para el PRD. Convencidos
emás, los del Grupo San Angel, de que Andrés Manuel
enta con los diputados suficientes para bloquear las re-
mas pactadas por el PRD con Gobernación, deciden
plantarse y empezar el movimiento de inmediato. Que-
aro 1810, visto por Ibergüengoitia. La nueva mayoría

se convierte en un capítulo de *Los pasos de López*.

Sigamos con los autores. Todos son universitarios ti-
tulados, abundan los doctores y los diplomas de las uni-
versidades de lujo y prestigio; la situación económica de
estas personas va de buena a excelente; los orígenes po-
líticos van del Partido Comunista Mexicano al Partido de
Acción Nacional. En resumidas cuentas, son una élite
que, como todas las élites, no tiene un pensamiento uni-
tario y definido. Les queda una plataforma común, el odio
al PRI y el deseo de ver triunfar a la democracia, aunque
no hay un acuerdo sobre qué tipo de democracia se de-
sea. No hay programa sino negativo, lo demás es cada
quien para su santo.

Primera observación. Podrían formar un centro de in-
vestigación de ciencias sociales. Políticamente, por los
orígenes sociales, sus situaciones económicas y sus orí-
genes políticos (pertenencias y simpatías) no tienen ca-

pacidad de intervención más allá de la
tura intelectual de la empresa.

Se pueden contar unas cuantas ca-
intelectuales. Y también cabezas de o-
a disputarle el terreno a las políticas. S-
te la inconfundible historia de la izqui-
México: todo terminará en comidas y
conferencias, desplegados de protesta
cir, en la tarea propia de quienes pien-
ro no actúan. Quienes, por el contrari-
políticos quieren encontrar el camino
en el vacío. Carecen de estructuras, o-
dios para actuar fuera del DF, de diner-
haya sorpresas- y de ese aparato del
te PAN, que no les van a ceder nada. L-
ciones se presiente. Ni Camacho se va
ñoz Ledo, ni Fox va a colaborar con
azufre. Los partidarios deben estar y
los jefes, y contándose, que es la fuer-
cepciones y recriminaciones. Los parti-
bilidad lamentable, pero conservan l-
para castigar a los apóstatas.

Repetir la historia del PRD no es
existe el PRD. El ala izquierda del PRI
secuencias imposibles de superar, co-
Puede haber otra escisión menor, aun-
puede encabezarla. Los jefes de la re-
tanto prestigio como votos: hasta las
tienen tarea más que de sobra con in-
se escinda y entre en la vía de la des-

TEMPLO MAYOR



F. BARTOLOME

¡EUREKA! SIEMPRE sí hay narcos en
Estados Unidos aunque -según esto-
todos son latinos y ninguno rubio,
arte y nativo.

N BOMBOS Y PLATILLOS, la procuradora
et Reno anunció la captura de **quince nar-**
desconocidos, presuntos miembros de una
mexico-colombiana.

HARINA DE ESE **american pie**, fue el de-
niso de **cinco toneladas de cocaína**.

ARTE DEL **CERTIFICADO** que la PGR de-
ría extender a la Reno por colaborar, de
en vez, con **el combate al narco**, vale des-
car cuatro perlas curiosas.

O, EL SUPUESTO macrooperativo se da a
os días de que **William Clinton** anunciara
programa antidrogas.

S, EL GOLPE OCURRE cuando **el Congreso**
llama a Clinton no dar muestras de un



AL P-
vido de
devalu-
venido
manas,
nómica
da ser
grupos
luación
La
tidario
mexi-
tiemp